

5. Caminar hacia el abrazo del Padre

Para ilustrar más sencillamente lo que produce en nosotros el misterio del bautismo, me gusta referirme a una obra de arte que me parece expresarlo simbólicamente. Se trata del cuadro "Los primeros pasos" de Vincent van Gogh, que interpreta en su estilo un cuadro de Millet. En él, un niño de aproximadamente un año, todavía sostenido por su madre, extiende los brazos llenos de alegría hacia su padre, que le espera a unos metros, sonriéndole con los brazos abiertos.



Toda nuestra vida cristiana está ilustrada por esta imagen, a la que volveré porque para mí ilustra la esencia de lo que significa vivir en la esperanza. Pero por ahora me limitaré a considerarla como una imagen simbólica de la nueva vida en la que nos introduce el bautismo. El bautismo es como ser puestos en pie por la Madre Iglesia para comenzar a caminar hacia el abrazo del Padre que nos atrae hacia sí y nos espera con alegría. A lo largo de la vida vemos al Padre encontrándonos con Cristo. Es en Cristo, presente en su Iglesia, y mostrado a nosotros por la Iglesia, donde vemos al Padre que nos espera, invitándonos a caminar hacia Él, porque nos quiere con Él en la vida eterna. La Iglesia nos sostiene, no para frenarnos, sino para que aprendamos a caminar y también a correr hacia el Padre. El niño del cuadro de Van Gogh es como Adán, a quien el Resucitado fue a resucitar de los infiernos, donde yacía prisionero y parálítico. Cristo le toma de la mano, le levanta y le conduce hacia el Padre. Toda la humanidad es puesta en pie por el Resucitado para caminar en una vida nueva, todos tendiendo la mano hacia el abrazo de Dios, por quien ahora nos sabemos amados hasta el punto de sacrificar por nosotros a su Hijo único.

El Bautismo se hace consciente en nosotros del mismo modo que un niño toma conciencia de que su padre está ante él y le llama y le invita a caminar hacia él, prometiéndole su abrazo lleno de amor. La madre, es decir, la Iglesia, ayuda al niño a ponerse de pie, y ciertamente le habla del padre, invita al niño a mirar hacia el padre y a ir hacia él con confianza.

La Iglesia, la comunidad cristiana en la que vivimos, es ella misma si hace esto, si nos atrae hacia el Padre. Y lo hace anunciándonos a Cristo “camino, verdad y vida” de nuestra vida, sin el cual nadie puede ir al Padre (cf. Jn 14,6), y viéndole vemos al Padre que nos ama (cf. Jn 14,9), al Padre que nos abre los brazos de su corazón para acogernos.

Algunos Padres de la Iglesia han dicho que el Hijo y el Espíritu Santo son como los dos brazos que el Padre nos tiende para acogernos en Él.

Los primeros pasos que ese niño da para ir hacia el Padre son el símbolo de los pasos que damos a lo largo de nuestra vida para ir hacia Dios. Al dar esos pocos pasos que le permiten ir a abrazar a su papá, ese niño comienza el viaje de toda su vida, que puede durar 80 o 90 años. Del mismo modo, todo el viaje de nuestra vida terrenal, sea largo o corto, representa nuestros primeros pasos en una vida que no se limita a lo terrenal. La vida terrenal son nuestros primeros pasos de la vida eterna, porque son pasos en los que la Iglesia nos enseña a ir hacia el Padre. Si de un modo u otro nuestra vida no se orienta a alcanzar el abrazo de Dios, en realidad no caminamos, no avanzamos en el camino para el que se nos ha dado la vida.

Jesús vino a inspirarnos a ir hacia el Padre poniéndose delante de nosotros, cerca de nosotros, para que oigamos su voz y veamos su rostro y sus brazos, como el niño del cuadro ve y oye a su padre.

Comprender que la vida es esto lo cambia todo. Sobre todo, darse cuenta de esto, es decir, acoger el Evangelio de Cristo que nos anuncia al Padre y nos llama a seguirlo hasta Él, llena de sentido y de belleza cada paso de la vida, incluso los más fatigosos, incluso los que atraviesan valles oscuros o desiertos. El camino de la vida, el camino de nuestra vocación, se hace gozoso, lleno de confianza, porque lo recorreremos atraídos por el rostro bueno del Padre que en Cristo nos dice “¡Ven! ¡Ven a mí! ¡Ven a mi casa! ¡Yo te espero! Puedes caminar!”.

Esta confianza, esta alegría en el caminar, es esperanza. No tanto la esperanza de poder caminar, de poder atravesar o subir un camino intransitable, sino la esperanza cierta de poder caminar, de avanzar, porque vamos hacia el Señor, hacia el abrazo de Dios que da sentido y eternidad a nuestra vida.

Esta esperanza es indispensable para vivir toda vocación. Es indispensable para vivir la vida humana como tal, y vivirla con verdad, es decir, respetando el porqué y el para qué nos ha sido dada. Y es absolutamente indispensable para vivir una vocación, la vocación de nuestra vida, sea de la naturaleza que sea, ya sea vocación laical, en el mundo, en la familia o en la virginidad.

A menudo vemos que los jóvenes no perseveran en su vocación, que abandonan tras los primeros pasos. Tal vez porque piensan que deben tener la fuerza y la capacidad para recorrer un largo camino. En cambio, aunque tuvieran la fuerza y la capacidad, no sería esto lo que les haría ser fieles hasta el final. Es la esperanza lo que falta, es la esperanza lo que necesitamos. Para vivir una vocación, una misión de vida hasta el final, necesitamos ponernos en camino con los ojos y el corazón vueltos hacia el Padre que nos llama, que nos atrae y quiere abrazarnos.